

DE REBUS HISPANIAE

EJEMPLAR N^o

4



THE HISTORY OF THE

4

EXEMPLAR No



DE REBUS HISPANIÆ

BOLETIN DE INFORMACION CATOLICA INTERNACIONAL

(PARA USO EXCLUSIVO DE PUBLICACIONES PERIÓDICAS)

Número 4.

Burgos 15 de Julio de 1938.

II Año Triunfal.

SUMARIO

El Papa y España.—La fiesta Nacional del Corpus. A. de Castro Albarán.—La reposición del Crucifijo en las escuelas. C. Bayle, S. J.—Testimonio ecuménico: La Carta Colectiva del Episcopado Español. José Artero.—El Sr. Bergamín pretende que los yanquis comulguen con ruedas de molino. Teodoro Rodríguez, Agustino.—Devoción Mariana de los héroes de Santa María de la Cabeza. Antonio Carrión, O. P.—Documentos:—Información oficial de las devastaciones marxistas en la Diócesis de Badajoz.—Testimonio fúnebre.

EL PAPA Y ESPAÑA

El 1.º de julio tuvo lugar en la residencia papal de Castelgandolfo la presentación de las cartas credenciales del Embajador de España ante el Romano Pontífice, Excmo. Sr. D. José Yanguas Messia. En este acto, el Embajador y el Papa pronunciaron los discursos que en tales ocasiones se acostumbra. O, mejor, pronunciaron tales discursos, que rebasaron los moldes protocolarios de estos actos, para convertirse en solemnes discursos de una inmensa trascendencia histórica. El Sr. Yanguas se presentó ante el Romano Pontífice, no como legado de una potencia política, sino como Embajador de una España de mártires, que está derramando su sangre por su fe católica, por su amor a Cristo y por su amor a la Iglesia. No habrá llegado nunca a Roma, en el transcurso de los siglos, Embajador ni legado alguno que haya podido presentarse ante el Papa con una embajada tan alta, tan gloriosa y tan digna como ésta que ha llevado ahora al Vaticano el Embajador de España.

El Romano Pontífice, al recibir al señor Yanguas, y en él al Caudillo Español y a España, se ha sentido, como pocas veces, Papa, Padre de España, que es decir Padre de una muchedum-

bre de hijos que lo son hasta la muerte. Por su discurso se desborda una incontenida emoción, que es más elocuente que todas las palabras. Y hay en él un claro testimonio que ratifica y sella la santidad de nuestra Cruzada.

El Papa, una vez más, acepta sin recelos ni desconfianzas el Movimiento Nacional Español y asegura que el Generalísimo Franco tendrá siempre el apoyo y la máxima cooperación del Romano Pontífice. Ante estas manifestaciones del Padre común, no sabemos qué argumentos podrán buscar los católicos que aún nos miran con recelo y suspicacia, si han de seguir en su necia e incomprensible ceguera. Para nosotros, en cambio, no son sino nuevo motivo de aliento las palabras del Papa. Las cuales han levantado en alto una gran verdad: la gran verdad de que no hay una España Nacional y una España roja, sino, simplemente, España, y que España somos nosotros, los que tenemos ya ante el Papa un Embajador, más que político, espiritual y nacional.

Todo eso y mucho más se ve bien claro en los dos discursos que copiamos a continuación.

Discurso del Embajador

«Beatísimo Padre:

Cúmpleme el singular honor de poner en Vuestas Venerables manos las Cartas Credenciales que me acreditan como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de S. E. el Generalísimo Franco y de España cerca de Vuestra Santidad.

Por el Jefe de Estado que me envía, por la Nación que en su nombre vengo a representar, claramente se advierte que no me trae aquí un simple y frío formulismo protocolario. Tráeme, Santísimo Padre, el mandato sagrado de cientos de miles de mártires y de héroes, que dieron ya o están cada día que para dispuestos a dar su vida por la fe católica heredada de nuestros mayores, a la vez que por la España eterna, vinculada siempre a la causa de nuestra sacrosanta Religión.

España sabe, Beatísimo Padre, cuánto ha sufrido y sufre todavía vuestro amantísimo corazón de Padre común de los fieles, al contemplar el cuadro espantoso que, con autoridad altísima, describió Vuestra Santidad en la alocución a los españoles refugiados en Roma, en 14 de setiembre de 1936, cuando señalaba «como en una grande apocalíptica visión» las devastaciones, los estragos, las profanaciones, las ruinas de «cuanto hay de más humano y de más divinamente divino» arrasado «con los modos más villanos y bárbaros, con el desenfreno más libertino jamás visto, de fuerzas salvajes y crueles, que pudieran creerse imposibles, no digamos a la dignidad humana, sino hasta a la misma naturaleza humana, aún la más miserable y la caída en lo más bajo».

Ciertamente es tristísimo comprobar que, nunca como ahora, en una parte de España, se produjo un tan feroz exterminio de todo cuanto, en personas, cosas y lugares, lleváse el sello de lo religioso, así como una tan bárbara y sistemática destrucción del patrimonio que legaron siglos y siglos de religiosidad, de historia, de ciencia y de arte.

Con doble motivo han de producir dolor estos hechos cuando se realizan sobre el suelo de España, aunque obedezcan a consignas de fuera. Mas, junto a tales motivos de profunda tristeza, la Nación católica por excelencia, ofrece otros ejemplos, en los que acredita que su fe no es cosa pretérita, sino realidad espiritual siempre viva, y fuego de amor que jamás se extingue.

La España teológica de Soto y de Suárez, la España universal de Francisco de Vitoria, la España militante de Ignacio de Loyola, la España mística de Teresa de Jesús, la España misionera de Francisco Javier, puede hoy afirmar con legítimo orgullo, que jamás en la historia de la humanidad se dió el caso de una muchedumbre tal de Obispos, sacerdotes, religiosos y seglares inmolados por confesar a Cristo, y muertos sin una sola apostasía.

La razón de ser de nuestra Patria en la historia universal, radica fundamentalmente en su fe católica. Ella fué el alma y el vínculo de la unidad na-

cional, el acicate de nuestras más altas empresas y la fuerza creadora de nuestro católico Imperio. Ella salvó a Europa en Lepanto, y llevó a todo un mundo la luz de la civilización cristiana; la propia civilización que España salva también hoy de la garra materialista y atea, con esfuerzo supremo y sacrificio heroico, en el que tanta parte ponen los soldados que luchan como las madre que generosamente los dan, por Dios y por España.

Una vez más España libra de sus enemigos el tesoro espiritual milenario de toda una civilización. Natural es que sea con precio de sangre y de dolor, porque aquella civilización tiene por símbolo una Cruz; pero también saben los que por ella pelean y por ella mueren, que estarán junto a Cristo en los cielos quienes por El hayan sufrido en la tierra.

Esta es, Beatísimo Padre, la significación espiritual de la Embajada de que yo soy indigno portador: renovar junto a la Cátedra de San Pedro la declaración de catolicidad de España, sellada con sacrificio y afirmada solemnemente en esta nuestra Cruzada, ante el mundo y ante Dios.

Catolicidad que fervorosamente se manifiesta a todas horas en las palabras y en las obras del Jefe del Estado español, y en las leyes y en los actos de su Gobierno, reflejo fiel del sentir profundo y general de la Nación. Catolicidad que, en plena guerra, ha cuidado de acometer la obra reparadora de la conciencia religiosa de España, frente a la sectaria legislación de la República; y, en los aspectos de más urgente reforma, por propio y espontáneo impulso, como principio de un camino que, en lo que resta, habrán de recorrer juntas y concordadas ambas potestades, ha devuelto ya el Crucifijo y la enseñanza religiosa a las escuelas, ha suspendido el divorcio, ha restaurado ante la ley civil la Compañía de Jesús, ha reconocido en letras oficiales la personalidad de la Iglesia Católica como sociedad perfecta, ha decretado, a los efectos civiles y sociales, la santidad de las festividades religiosas, y ha llevado al Fuero del Trabajo una concepción auténticamente católica y española.

Tal es el espíritu y tales son los títulos con que vengo ante la Sede Apostólica, como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario del Generalísimo Franco y de España, para reanudar normalmente y con su jerarquía tradicional, en bien recíproco de ambas potestades y de los altos valores morales que representan, la íntima relación secular que unió siempre a nuestra católica nación con el Vicario de Cristo en la tierra.

A trueque de hondas desgarraduras en su carne y en su espíritu, no por todos comprendidas y estimadas en su exacta significación, ha correspondido a nuestra Patria la honra singular de que en tierra española se ventile el porvenir común de la civilización cristiana frente al ateísmo materialista y soviético.

Gran consuelo es para nuestra Nación que, por ello, el más alto Poder espiritual de la tierra, con

palabras justamente inflamadas, en la Enciclica «Divini redemptoris», de Vuestra Santidad, nos haya mostrado al mundo como ejemplo y lección para las demás naciones civilizadas, sobre las que igualmente se cierne el peligro del comunismo.

Al entregaros reverentemente las Cartas Credenciales, me encomiendo a Vuestra benignidad paternal, seguro de hallar en Vuestra Santidad indulgencia y en Vuestra Secretaría de Estado la favorable disposición necesaria para el mejor cumpli-

miento de la honrosísima misión que cerca de Vos me trae, y en la que habré de poner toda mi leal devoción.

Permitidme, Santísimo Padre, que, al formular con sentimiento filial los más fervientes votos por la prosperidad de la Iglesia Católica y por la preciosísima vida de Vuestra Santidad, os suplique la gracia de Vuestra bendición Apostólica, para el Jefe de mi Estado y para la Nación española.

Discurso del Padre Santo

“Nos damos por notificado, querido hijo, de las credenciales vuestras, henchidas de sentimientos altos, humanos, cristianos, históricos. De las credenciales que os acreditan ante Nos de Embajador extraordinario y Ministro plenipotenciario, y de las palabras tan significativas con que las habéis acompañado.

No queremos añadir nada a palabras tan veraces, tan altas, tan importantes como las que habéis dicho, que Nos hemos escuchado con toda la atención y con todo el interés que vos mismo habéis visto. Queremos únicamente repetir lo que San Pablo bendito decía a los fieles: “Cor nostrum et os nostrum patet ad vos.” Es esto lo que decimos a España, a todos los españoles, a la España entera, que vos tan bien y tan dignamente representáis. Se abre a vos, a vuestro discurso, nuestro corazón; se abre en nuestros labios para deciros lo que el corazón sugiere. El corazón sugiere demasiadas cosas para que, aunque quisiéramos, pudiéramos acertar a explicarlas todas.

Como Padre de todos, Nos interesa la palabra que Nos llega de todos los pueblos y de todas las naciones del mundo; Nos interesa en modo particular la de aquellos de nuestros hijos que sufren tribulaciones, y que, por tanto, por tan diversos títulos, son dignos de nuestra particular compasión y consuelo. No debemos repetir lo que habéis también recordado de la historia, de la catolicidad, de la gloria de España, en momentos tan decisivos y tan importantes de la vida católica. En cambio, deseamos que interpretéis todos nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, todos nuestros afectos, a vuestro alto mandatario, el Generalísimo Franco, nuestro dilectísimo hijo, Jefe actual de España. Le repetiréis las palabras que decimos siempre a todos: que el Papa, el Vicario de Cristo, el Padre de todos, ruega y rogará por él, por España, por todos; y decimos por todos, porque de todas partes nos llega la voz de tantos hijos tan particularmente atribulados, tan particularmente doloridos en el viejo y en el nuevo mundo, en el extremo Oriente; pero en un modo del todo particular Nos pedimos, y hacemos pedir todos los días, por España, por nuestros que-

ridos hijos de España, que todos están vivamente presentes a nuestro amor, para que cesen estas grandes tribulaciones, estas grandes angustias.

Diréis que el viejo Padre, el Padre de todos, el Vicario de Cristo, el Papa, ruega por ellos, por el Generalísimo Franco, y pide por toda España, para que, si es posible, sean enjugadas las lágrimas y cesen todas las penas y todos los dolores. Diréis al Generalísimo Franco que Nos hemos enterado con gusto y con gran satisfacción de nuestro corazón paternal, de las seguridades que ha querido darnos, de que, en cuanto sea posible, serán ahorradas las víctimas y los estragos del dolor. Le diréis todas estas cosas, y le diréis también que continuaremos rogando y haciendo rogar para que cesen tantas penas, y el arco sereno de la paz y de la prosperidad vuelva a resplandecer en el hermoso cielo de España. Bien sabemos que muchas nobles voluntades concurren a preparar un venturoso porvenir; pero precisamente por estos cooperadores, precisamente por éstos, por éstos, queremos rogar, a fin de que todos los espíritus, todas las inteligencias vean y todas las buenas voluntades se enderecen por esta vía.

Porque lo porvenir podemos contemplarlo con plena confianza, pues lo porvenir, hijo dilectísimo, está en manos de Dios, y, por tanto, en buenas manos. Cuando Dios quiera nos permitirá ver este porvenir; pero esperemos que el momento llegue pronto, y esperemos que sea permitido al Generalísimo Franco el anunciar a España y al mundo esta obra de Dios, este porvenir que está en las manos de Dios.

Con esto, dilectísimo hijo, pasamos a daros la bienvenida, con el encargo de llevar al Generalísimo Franco los sentimientos de nuestra Pateridad espiritual y de darle la seguridad, si tuviese necesidad de ello, que tendréis siempre, mientras la Bondad Divina nos conceda vida, nuestro apoyo, nuestra máxima cooperación, a fin de que podáis trabajar siempre con mayor fruto, para bien de vuestra y nuestra querida España. Con estos sentimientos y paternales votos, os concedemos, dilectísimo hijo, nuestra apostólica bendición.”

La Fiesta Nacional del Corpus

Unidad Católica - Unidad Nacional - Tradición Española

A propósito de un Decreto del Ministro del Interior.

De nuevo tenemos que recoger aquí una magnífica disposición del Sr. Serrano Suñer, Ministro del Interior, plena de sentido católico y rebotante de unión religiosa. Dos órdenes firmadas por el señor Ministro en relación con la españolísima festividad del *Corpus Christi*.

En todas las disposiciones que el Sr. Serrano Suñer ha ido promulgando, en orden a las festividades religiosas, se advierte, a primera vista, el empeño del Ministro en fundamentar el precepto legal, no en una mera obligación, que el Estado se haya impuesto, de respetar y hacer cumplir las fiestas religiosas, sino en la existencia de una sentida compenetración entre el dogma católico y la historia Española, entre la vida cristiana de nuestro pueblo y la vida oficial de la nación.

De aquí que los preámbulos de estas disposiciones suelen tener como base una verdadera profesión dogmática, señalan luego el empalme con el aspecto concreto de nuestra Historia Nacional y, como consecuencia práctica, establecen la disposición de que se trata.

Son, pues, estas órdenes legales la verdadera incorporación del *sentido católico* de nuestra historia a la vida oficial y nacional del nuevo Estado Español. Labor meritísima, que los católicos españoles no podemos menos de agradecer y los católicos extranjeros han de saber apreciar.

De todo esto es ejemplo hermosísimo la orden que declara fiesta oficial en España el día de Corpus Christi.

FIESTA DE UNIDAD CATOLICA

«Es la del Corpus Christi— así comienza esta orden — fiesta de unidad católica. Los fieles todos, cualquiera que sea su rango y condición, se sienten unidos por la presencia del Señor en la Eucaristía.»

Para el fin social y nacional que un gobernante debe pretender en sus leyes, ningún aspecto más a propósito, entre todos los que ofrece el Divino Misterio de la Eucaristía, que este de la unidad. La Eucaristía es, ciertamente, centro de unidad y vínculo

de caridad. Es un misterio unificador. Es abrazo de fraternidad. *Comunión.*

Mas ¿a qué recordar estos frutos y este carácter de la Eucaristía en el preámbulo de una disposición? ¿Es que el Ministro trata de hacer oficio de predicador? No es eso. Es que esas influencias unitivas de la Comunión Eucarística, para nosotros los españoles, además de su carácter sobrenatural e individual, han tenido, a lo largo de nuestra historia, un carácter social y nacional.

UNIDAD CATOLICA Y UNIDAD NACIONAL

«Comprendiendo nuestra Patria la significación de esta festividad, la celebró con pompa extraordinaria y originales matices, afianzando así su unidad nacional, que tanto debe al Catolicismo.»

La unidad eucarística produce la unidad católica. La unidad católica ha sido, en España, base de la unidad nacional.

De aquí la cadena de pensamientos por los cuales llega el señor Ministro a una clara y consoladora conclusión: lo que debe nuestra unidad nacional al Divino Misterio de la Eucaristía.

El recuerdo y la confesión no pueden ser más oportunos. España está haciendo ahora una nueva soldadura de la unidad histórica y nacional, al fuego de la guerra, sobre el yunque de los cañones. Es hora de recordar que la unidad Española no es obra, exclusivamente, de los martillazos de la fuerza, sino fruto espiritual que madura al calor religioso de la fe y de la piedad. Ramiro de Maeztu escribía en 1934: *«En el Imperio Español estaba tan ligada la nacionalidad al Catolicismo que, cuando perdimos la unidad católica, a mediados del siglo XVIII, empezó a escindirse nuestro Estado.»*

Véase, pues, el acierto de este Ministro del Gobierno Español que, en los momentos en que la sutura nacional se refuerza o se rehace con una sangrientada costura de bayonetas, traba la unidad política no sólo con la unidad religiosa—unidad de dogma y disciplina—, sino con la unidad de la Eucaristía, que es unidad de almas, en cristiana comunión.

Esta gran verdad que, ahora, un Ministro proclama en el preámbulo de una orden, ha vivido durante siglos en la conciencia de la Patria. Nunca el Pueblo Español, en sus siglos gloriosos, se sentía más uno y más unificado que cuando se congregaba en torno al Santísimo Sacramento.

Por eso parecía que, precisamente en los tiempos de la mayor dispersión española, cuando España más se desbordaba hacia afuera, más un instinto unificador juntaba al pueblo alrededor de la Eucaristía. Y, reunida España en torno al Sacramento, agradecía a Jesucristo Sacramentado su influjo unificador y, al mismo tiempo, soldaba más, en una especie de Comunión Nacional, su unidad histórica, social y política.

He aquí por qué la celebración de las festividades Eucarísticas revistió siempre en España un carácter tan popular y nacional que dió origen a una verdadera creación española, el *Corpus español*. Las *loas* al Santísimo, los Autos Sacramentales, los *pasos* eucarísticos, los bailes ante el Santísimo, la tarasca y mil otras manifestaciones del fervor y del regocijo popular no son sino matices de ese *Corpus* que, en España, es fe y piedad y fervor de almas, pero es también espíritu nacional, alma de nuestro Pueblo Español, tradición e historia, unidad Católica y unidad Nacional.

De aquí la incomparable oportunidad de la última disposición del señor Serrano Suñer en orden a la celebración de esta fiesta. Copiaremos, íntegramente, esta disposición porque bien merece que la lean los católicos.

«Siendo gloriosa tradición española conmemorar la festividad del Corpus Christi con espectáculos teatrales que, inspirados en el Dogma Eucarístico,

brinden al pueblo grande enseñanza, arte depurado y honesto esparcimiento, este Ministerio ha tenido a bien disponer:

Artículo primero.—Se restablece la conmemoración teatral del Corpus Christi y se confía la misma al Departamento de Teatro del Servicio Nacional de Propaganda.

Artículo segundo.—Se designa la ciudad de Segovia, como sede para la celebración de los Autos Sacramentales.

Artículo tercero.—El Servicio Nacional de Propaganda establecerá en dicha ciudad una Junta permanente, encargada de arbitrar las medidas para la conmemoración teatral del Corpus Christi en distintas ciudades españolas.

Artículo cuarto.—Todos los años se premiará el mejor Auto Sacramental presentado en el Concurso, cuyas bases establecerá el Servicio Nacional de Propaganda.

Artículo quinto.—Para asegurar la exactitud dogmática y la dignidad teológica de la representación, se someterán ambas al criterio de las Autoridades Eclesiásticas».

Por esta orden queda restaurada una de las más bellas tradiciones españolas. En lo sucesivo, se celebrará, oficialmente, en España—ya se ha celebrado este año—la fiesta del «Corpus» a la usanza española. A la hora en que más se ha recrudecido en el extranjero la campaña que acusa a nuestro Movimiento de servilismo forastero y de resabios paganos, el Movimiento restaura lo más español, lo más cristiano y lo más católico.

Y es lo mejor que todo esto lo hace—son palabras del Ministro—*«no con finalidad protocolaria, sino recordando nuestra gloriosa tradición y con la vista puesta en la trayectoria y propósitos de nuestra Revolución Nacional».*

A. DE CASTRO ALBARRAN

Canónigo Magistral de Salamanca

«Que la sangre de tantos mártires gloriosos, que han proporcionado a la Iglesia española timbres imperecederos, no superados ni por los mártires de las antiguas persecuciones, sirva para enaltecer, ante los ojos del mundo, a la Iglesia de Cristo, en estos tiempos de incredulidad y odio a Dios; para honra de Dios uno y Trino, y glorificación del Reinado de Cristo y manifestación de la victoria de la Santa Iglesia. Que en todo el ámbito de la Iglesia Católica, allí, principalmente, donde se ve perseguida y acosada, la sangre de vuestros mártires sea estímulo y consuelo y despertadora de nuevas esperanzas en el triunfo de la Fe Católica».

ARZOBISPO DE SALZBURGO Y OBISPOS DE AUSTRIA.

* * *

«Las ruinas de los templos derruidos; los escombros de los altares profanados; los restos lamentables de los monumentos artísticos bárbaramente destrozados; los suplicios de los Obispos, sacerdotes y fieles, claman, con voz más elocuente que ninguna palabra, que la guerra de España es lucha pavorosa contra Dios, contra Jesucristo, contra la Iglesia».

CARDENAL ARZOBISPO DE FLORENCIA.

La reposición del Crucifijo en las Escuelas

Lo desterró de ellas un decreto brutal de la República. Su digno representante, digno de ella, Azaña, creyó que con un voto de las Cortes se borraba la historia de un pueblo y se trocaba su corazón y su mente moldeado en siglos. «España ha dejado de ser católica» exclamó; y en consecuencia el laicismo quedó declarado el sello oficial de la nación. Laicismo que, como siempre, se entendió ateísmo, perseguidor de la Iglesia y atropellador de las conciencias, de que se dice defensor contra las imposiciones y dogmas. Claro que meterles el comunismo, o enseñarles a blasfemar no iba contra la neutralidad. Mandóse quitar el Crucifijo de las escuelas. Para los gobiernos representantes del pueblo nada significaba que el pueblo protestase: los centenares de miles de firmas, pidiendo que no se llevara a cabo la orden ministerial, se echaron al cesto de los papeles inútiles.

En algunas poblaciones, al bajar la santa imagen del dosel, donde había presidido la formación de generaciones, fué escarnecida por maestros sinvergüenzas; en otras, dió lugar a escenas de desagravio: maestros y maestras, niños y niñas, de rodillas, con los ojos en lágrimas, pedían perdón de la impiedad oficial; en otras se condujo procesionalmente de la escuela a la Iglesia. Maestro hubo que lo dió a los niños, y cada día uno lo llevaba como cosa suya. Alcalde hubo que regaló a cada niño un crucifijo pequeño para que lo ostentase al pecho: cien crucifijos por uno arrebatado.

La reposición del Crucifijo en las escuelas, iniciado el Movimiento salvador, había de ser rápida y solemne. Lo quitaron para demostrar que España dejó de ser católica: al demostrar España lo callumniosos de la malhadada frase, el Crucifijo en las escuelas había de ser su primer empeño.

Primero y general; tan general, que hizo inútil la legislación, porque el pueblo se adelantó y las autoridades locales; y no hubo necesidad de que la Junta Central de Burgos ordenase lo que sin excepción estaba ya cumplido en todas las escuelas de España. Se hizo el primer día del Movimiento y se hace después, conforme se van reconquistando las provincias.

Unas veces son las autoridades militares las que decretan el desagravio: así el General de la Séptima División comunicó a los gobernadores de su dis-

trito: «En todas las escuelas será restablecido el Crucifijo que fué quitado por los rojos» (22 de agosto del 36). Otras, los gobernadores, v. gr. el de la Coruña: «Por ser español y católico, conceptos ambos que se identifican en la historia y en la realidad de nuestro pueblo, se hace preciso que la Cruz sacrosanta, símbolo de nuestra Religión, vuelva a aquellos lugares y puestos de honor de donde nunca debió salir, y sea repuesta con todos los honores». Otras son los Ayuntamientos y Diputaciones, que en junta solemne lo acuerdan, como Badajoz, Burgos y Navarra.

En toda España libre comenzaron las fiestas de la reentronización del Crucifijo que tornará a ser ante los ojos inocentes de los niños, que se abren al Bien y al Mal, que se tienden por sendas aun no holladas de la vida y de la eternidad, que se estremecen al contacto de lo Verdadero, de lo Justo y de lo Hermoso, el Camino, la Verdad y la Vida.

La prensa de cada día llenaba sus columnas con descripciones de aquellas fiestas, verdaderamente nacionales, en las que se mezclaron vítores y lágrimas, autoridades y pueblo. En las aldeas bendecía el párroco el Crucifijo, después de una misa de acción de gracias, y se llevaba procesionalmente a la escuela, donde algún maestro o maestra pronunciaba discursito devoto. En las ciudades la pompa fué máxima... Ayuntamientos en corporación bajo mazas, los gobernadores civiles y militares, los representantes de la Judicatura y de los Centros Científicos y Literarios asisten a la bendición del Crucifijo en la Catedral (v. gr. en Badajoz, Córdoba, Cádiz y Burgos), que los niños acompañan a sus respectivas escuelas, escoltados por piquetes de tropa o de milicias. En Orense enarbola el Crucifijo en la procesión el Jefe de la Guardia Civil. En Sevilla a la bendición dada por el señor Cardenal asistió el General Queipo de Llano, que habló al fin para decir: «Este acto es para mí el más importante de cuantos he presenciado desde que estalló el Movimiento; así lo digo y así lo creo firmemente..., yo creo que lo primero para todo buen patriota es la Religión, porque el que no ama a Dios, no ama a su familia, no puede ser útil a su patria.»

¿Sería pura fórmula, estéril, sin raíces y sin fruto, este resurgir oficial del catolicismo escolar? No;

nace del fondo del alma española. En ello como en otras cosas los Directores del Movimiento Nacional no hacen sino interpretar rectamente el alma española. Tenemos el magisterio limpio, gracias a la purificación ordenada del personal. La Asociación de Maestros Católicos, que no murió en los días más tormentosos, cobra vigor, y en los Cursos, Asambleas y Ejercicios Espirituales se ilustra y robustece para infiltrar en el alma de sus alumnos el amor a Dios. A la plaga de juventud atea, que nos amenazaba y que por falta de tiempo no pudo madurar, sucede, está sucediendo, una niñez sólidamente instruída y formada en cristiano.

El 6 de mayo de 1937 el General Franco habló a una Asamblea de maestros reunidos en Salamanca: «Después de la oración, del canto poético y sublime de Pemán, a la Patria y a la Religión, sólo

una palabra debía decir: Amén. Así es. Pero para eso es temprano; y con fe y entereza habrá que decir: Así será... Habéis visto el resurgir de un pueblo, de una raza al calor de los santos ideales de Patria y Religión. Sus proezas tales que han empujado a los hombres de la Historia, porque tienen fe en Dios... Tenedlo en cuenta, maestros; esos niños, cuya educación se os encomienda, han de ser encaminados por las sendas de la verdad y el bien; ese es el mandato de Dios, ese es el mandato del frente, de las trincheras, de la sangre vertida y de las vidas inmoladas».

O sea: el mandato de Dios respecto a la educación cristiana, es también mandato de la España que lucha y de la España que gobierna.

El porvenir católico de España está asegurado.

C. BAYLE, S. J.

«Ante la actuación criminal de los sin Dios y sin Patria, que, en voluptuoso maridaje con marxistas, comunistas y judíos, se enrolaron en las filas del soviético ruso, vendiendo su Patria al extranjero para convertirla en una colonia bolchevique, se produjo el glorioso Movimiento Nacional. Gesta heroica y sublime, en la que el Ejército, las Milicias y el Pueblo, en estrecho abrazo de muerte y redención, juraron ante Dios y la gloriosa enseña roja y gualda, amor de sus amores, defender nuestra sacrosanta Religión; y sacrificándolo todo, absolutamente todo, se conjuraron para arrojar de nuestro suelo profanado a las hordas salvajes del marxismo y, con ellas, a los mal nacidos españoles que así abominaron de su Patria,

¡Que España había dejado de ser católica! Como si fuera posible que los hombres de hoy, descendientes de los mayores de antaño, hubiesen podido olvidar cómo en el regazo de su santa madre y cuando apenas comenzaban a balbucear palabras sueltas, no fuesen éstas para bendecir a Dios, y con sus manitas cruzadas sobre el pecho aprendieron el «Jesucristo de mi vida—eres niño como yo». No, y mil veces no; la España creyente, la España legendaria, la de las excelsas virtudes, la que a través de los siglos en sus gloriosas campañas, con la Cruz de la victoria al frente, supo enseñar al mundo entero su fe cristiana, su amor a Cristo en la Cruz y su orgullo al considerarse hija predilecta de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica; esta España nuestra no sólo no ha dejado de ser cristiana, sino que cuantos más cruentos fueron los sacrificios, cuanto mayores los crímenes cometidos, mayores los martirios sufridos y más salvajes las profanaciones, más alto, con más fe y más energía proclamaron sus hijos su amor a Dios y a la Santísima Virgen, nuestra Madre y Protectora, y con más amor y heroísmo, se aprestaron a la defensa de lo que es la esencia de su vida, el amor de sus amores: la Santa Cruz.»

LUIS VALDÉS CAVANILLES

GOBERNADOR GENERAL DEL ESTADO ESPAÑOL.

Testimonio Ecuménico

LA CARTA COLECTIVA DEL EPISCOPADO

La resonancia mundial que ha tenido la Carta Colectiva del Episcopado Español, y su repercusión en una parte gigantesca de la Jerarquía de todo el orbe católico, exige un comentario sobre su valor, significación y alcance disciplinar y dogmático.

Nada puede mermar la autoridad del impresionante documento. Ni el que su iniciativa pudiera haber partido de una indicación de autoridades civiles españolas, ni menos que, al firmarla, hubieran sucumbido los Prelados españoles a «un régimen de terror, como el que impera en la zona de Franco».

Ni tal error existe, ni los Prelados españoles, que saben ser mártires, hubieran podido en tan gravísimas circunstancias, faltar a uno de los más graves deberes de su ministerio.

Obraron todos con pleno conocimiento de causa; se les hizo antes un interrogatorio sobre el fondo, forma, oportunidad y difusión de la carta, encargándoles respondieran con toda libertad, conscientes de la gravedad y trascendencia del paso, y se les remitieron después las pruebas de imprenta, y se les advirtió que del proyecto tenía conocimiento la Santa Sede.

Por otra parte, todos los firmantes, y aun alguno que no lo firmó, en documentos pastorales de iniciativa particular habían ya adoctrinado a sus fieles en el mismo sentido.

LA ADHESION DE LA JERARQUIA UNIVERSAL

El documento ha hecho enorme impresión en todo el mundo católico; ha disipado las sombras que en torno a la causa nacionalista habían acumulado «la conspiración del silencio» y la nefasta propaganda bolchevista, masónica y separatista; ha cambiado, más que ningún otro hecho o apología, el ambiente mundial respecto al carácter o trascendencia de la causa nacional.

El número de contestaciones adhiriéndose al Episcopado español pasa en estos momentos de 265 y se reciben aun nuevas cartas de los más remotos confines de la Iglesia.

Muchos Prelados firman colectivamente: así los de Polonia, Austria, Canadá, Filipinas, casi todas las Provincias Eclesiásticas de Italia, los de Yugoslavia, Uruguay, Grecia, Bélgica, Méjico... Sobre la mesa tengo entre otras la Colectiva de los Prelados de la India, Ceylán y Birmania, presididos por

el Legado Pontificio en el Congreso Eucarístico de Madrás, con 46 firmas.

Los Primados de muchas naciones, como Francia, Bélgica, Polonia, Checoslovaquia, Alemania, Austria, Hungría, Inglaterra, Suiza, Irlanda..., son maravillosamente expresivos y autorizados en sus manifestaciones.

Muchos ritos católicos, como los armenios y malabares, tienen su representación, y no son pocos los países de misión entre infieles que manifiestan elocuentemente su simpatía por nuestra causa.

Añádase la adhesión de los Generales de muchas Ordenes religiosas.

Tiene, pues, este referendum por el número de los Prelados y por los pueblos que representan un verdadero carácter universal, ecuménico.

SIGNIFICACION DE LAS ADHESIONES

Estas adhesiones no son únicamente de *cortesía* al Episcopado Español, de *condolencia* por los daños sufridos y de augurios de *triumfo y de paz*.

Tienen otros tres caracteres importantísimos.

Primero.—El reconocimiento de la *justicia de la causa nacionalista*, que no es una rebelión militar contra las asendeadas *autoridades constituidas*, sino un movimiento patriótico contra las más tremendas tiranías, vejámenes e injusticias, absolutamente necesario para salvaguardar lo más sagrado de la Patria española: fe, civilización, moral, ciencia, arte, tradiciones.

Así, por ejemplo, el Episcopado Chileno habla del «triumfo de la causa cristiana en vuestra Patria, causa que lo es de verdad, de la justicia y caridad sociales y fuente del bienestar verdadero de los pueblos». Nuestra cruzada es «la causa de la Iglesia en la noble España de nuestros mayores y el triunfo definitivo de la causa de Cristo, para el bien de la humanidad».

Segundo.—La *trascendencia universal* de nuestra causa para la civilización cristiana. Es evidente: Lenin lo había dicho: «Primero Rusia, luego España, después...».

Desde el centro de Africa lo reconocía el Vicario Apostólico de Ruanda, Mons. Classe: «Hemos comprendido bien que no se trata de una guerra de partidos en que se ventilara solamente la suerte de la heroica España.»

El Excmo. Cardenal de París expone profunda y briosamente el significado de nuestra cruzada:

«Es evidente que la lucha titánica que ensangrienta el suelo de la católica España es la lucha entre la civilización cristiana y la pretendida civilización del ateísmo soviético... Si; lo que estas luchas ponen en tela de juicio es el porvenir de la Iglesia católica, de la civilización por ella fundada.

Tercero.—*Apología de la intervención del Episcopado.* El documento episcopal estaba impuesto por un imperativo categórico de sus deberes pastorales.

Así lo define el Excmo. Cardenal Primado de Bélgica:

«Al prescribir a los fieles su línea de conducta en este caso y en otros parecidos, la autoridad jerárquica no se sale en absoluto de su función espiritual, no hace política, no traspasa los límites de su competencia; no hace más que cumplir con su misión propia, que consiste en velar por los derechos de la Iglesia y por el bien de las almas».

Luego habla del «ejemplo terrible de los católicos vascos», pues «a pesar de la prohibición formal de sus obispos, han hecho causa común con los comunistas, cuando éstos exterminaban a sangre y fuego la Iglesia Católica de España».

MARTIRES DE CRISTO

Pero hay algo que eleva hasta lo sagrado la categoría de esta cruzada y es el dictado de mártires que se da a tantas víctimas de la España católica.

«Un pueblo mártir», dice el Vic. Ap. de las Gallas. «A los nuevos mártires de nuestra Santa Madre la Iglesia de España», el Obispo de Cienfuegos. «La sangre de muchos mártires traerá una nueva primavera sagrada», el Cardenal Faulhaber. La Armenia mártir, «abrazo a los padres, hermanos, hijos de mártires, oh gloriosos Pastores de la tierra de Santos».

Y que no se habla metafóricamente sino en sentido estricto lo manifiesta el Card. Von Roey, al afirmar que «han conquistado la aureola del «mártir» en el sentido propio y elevado de la palabra».

No puede hacerse mayor apología de la justicia y santidad de una causa, ante la cual no es lícito a ningún cristiano permanecer hostil, ni aun indiferente.

CONSECUENCIAS DISCIPLINARIAS Y DOGMÁTICAS.

Ante este testimonio universal y terminante del Episcopado católico ¿cuál es la actitud obligatoria de los católicos de España y del mundo?

Primero.—*Disciplinar.* Para los católicos de España está terminante la orientación: sus superiores jerárquicos se manifiestan en absoluto conformes con el Movimiento salvador y contra los fautores del comunismo soviético. Es materia grave secundar los planes y actividades de la España roja

y sus gobernantes. Y es dolorosa la que el Episcopado de la India llama «la amargura de la incompreensión por parte de quien habría debido rendirse al primer lamento de los legítimos pastores».

Para los no españoles hay también una línea de conducta terminante. S. S. Pío XI en su Encíclica contra el comunismo, prohíbe toda alianza con los soviets. El Episcopado mundial reconoce que la España Nacional plantea el principio de la lucha universal, de la civilización cristiana contra el ateísmo soviético. Por consiguiente no se puede apoyar a la España roja, aliada de la Rusia comunista.

Por el contrario, condenado en el *Syllabus* el principio de *no intervención*; obligada la catolicidad por el dogma de la Comunión de los Santos a compartir los trances de la Cristiandad entera, es en cierto modo obligatorio cooperar a la lucha en pro de la católica España, miembro atribulado de Cristo y paladín de la Iglesia en esta cruzada de trascendencia mundial.

Segundo.—*Dogmática.* La comunión de principios manifestada entre los Prelados españoles y los del mundo católico, ¿puede tener alguna trascendencia dogmática? ¿Hay en este caso un consentimiento extraconciliar, moralmente universal que define infaliblemente alguna doctrina? ¿Se trata de un *hecho dogmático* que entra en la jurisdicción de la infalibilidad?

Desde luego las doctrinas comunistas en bloque no sólo son heréticas, sino basadas en el más feroz ateísmo. No necesitan condenación. Por otra parte bastaba el señalamiento de los errores mil veces condenados, que S. S. Pío XI puso de manifiesto en su reciente encíclica.

El hecho dogmático, pudiera ser que esos errores están actual y positivamente en el campo rojo universal, quizá en todos los *frentes populares*, pero, concretamente, en los rojos de España y Rusia.

El consentimiento universal de los Obispos manifestaría que efectivamente en la lucha española se trata de una contienda de principios comunistas y católicos, representados por las dos secciones de España, la roja y la blanca. No es dogma de fe, ya lo sabemos; pero se le acerca; sin temeridad nadie osará ponerse enfrente del sentir moralmente total del Episcopado del mundo.

Por tanto *creer* que se pueden defender los principios de la España roja comunista, es ir contra el consentimiento universal de la Iglesia docente universal, asistida por el Espíritu Santo y su materia gravísima de fe.

Con menos consentimiento universal de Obispos arguía así san Agustín contra Juliano:

«Vuestra causa ante el competente juicio de la comunidad de los Obispos, está ya conclusa para sentencia. No os queda otra cosa que hacer, en cuanto se refiere al derecho de opinión, más que, ya promulgada en este asunto la sentencia, seguirla apaciguadamente.»

JOSE ARTERO

Can. de Salamanca

El Sr. Bergamín (José) pretende que los Yanquis comulguen con ruedas de melino

Se han recibido en este Centro de Información cartas de América en las cuales se nos piden datos para contrarrestar la inicua propaganda hecha por los rojos allí con toda clase de mentiras e infundios calumniosos. Entresacamos algunos párrafos de dos de ellas: «No puede imaginarse la alegría que me causó el primer número del «Boletín de Información Católica Internacional»... pues ya era tiempo de que en este país se hiciese algo para contrarrestar la propaganda comunista contra la causa nacionalista, contra Franco y contra la Iglesia española... acusaciones hechas algunas de ellas, aún por algunos sacerdotes americanos. Le remito unos recortes de uno de los periódicos americanos para que vea lo que los rojos de Barcelona propagan por aquí. Para salir al encuentro de estos individuos hay que saber quienes son y le agradecería cualquier información sobre el particular».

En otra, rebosando la misma alegría y deseos de desbaratar la canallesca campaña de embustes de los rojos, nos pide le mandemos seis ejemplares de cada número del Boletín; pues «voy, dice a interesarme cuanto pueda para que el «Diario Católico» de esta ciudad y otros periódicos de Río de Janeiro de gran circulación, abran una sección especial para ir publicando cada día uno de los artículos...».

Estas cartas demuestran la absoluta necesidad de la propaganda y la conveniencia de no limitarla a mera relación de hechos, los cuales tratan de desvirtuar los enemigos negándolos y refiriendo otros falsos, como los que luego verá el lector, con lo cual dejan perplejos a los lectores, según ha sucedido en el caso presente. Por eso, además de la propaganda casuística, es necesaria la de carácter general, o sea, la que facilita medios para rebatir todos los hechos falsos que puedan aducir los rojos y los verdaderos por éstos falseados en sus consecuencias; que es lo realizado, según se ha dicho, en la primera parte de nuestro libro, próximo a publicarse.

Para que se vea el nivel moral y honorabilidad de los informadores rojos vamos a transcribir traducido el suelto publicado por «The United Press» que es breve y un extracto del más extenso del

«The New York Times» a los cuales se hace referencia en las cartas.

«José Bergamín, director de la publicación católica. Cruz y Raya y simpatizante de los leales al gobierno rojo dijo hoy, al llegar de España, que los americanos, al parecer, tenían equivocada opinión de la situación de la Iglesia Católica en la guerra española.

Afirmó que habían sido fusilados muchos sacerdotes por los insurgentes contra el gobierno rojo, por no querer colaborar con el de Franco y que, al contrario de la general impresión, la Iglesia funciona libremente en la zona roja.

Reconocía que se habían cometido algunos excesos contra la Iglesia Católica por ciertos elementos rojos, mas que eso había sido en las primeras semanas de la guerra, antes de que el gobierno rojo pudiese garantizar el orden en todas partes.

La jerarquía católica en la parte opuesta ha cooperado con Franco, pero tenemos informaciones precisas de que existe allí un activo movimiento contra los franquistas en las capas inferiores del clero, y añadió, nos consta concretamente de que fueron fusilados treinta y seis sacerdotes en el católico pueblo vasco, después de ser conquistado por Franco, a causa de no simpatizar con el movimiento de los nacionales.

En contra de la general impresión, existe completa libertad religiosa en nuestra zona y viven allí 14.000 sacerdotes y miembros de las Ordenes religiosas de la Iglesia Católica, ejerciendo su ministerio. Sólo en Cataluña se abren todos los días 4.000 capillas».

«The New York Times» añade a las declaraciones anteriores: «Que el Obispo Anselmo Polanco estaba en prisiones, de las cuales le sacaron los rojos al tomar a Teruel y, cuando de nuevo lo perdieron pasando al dominio de Franco, pidió asilo entre los rojos y éstos se lo concedieron marchando con ellos a Valencia, y que lo mismo hicieron veinte monjas, que voluntariamente dejaron el convento para ir de enfermeras a los hospitales de los rojos. Hace resaltar el contraste entre el gobierno rojo que reconoce la exención del servicio militar de

los clérigos y el de Franco que les obliga a hacerlo y «a algunos, como dos que él conocía, en regimientos de moros». Afirma asimismo, que el Cardenal Vidal Barraquer no está en Roma como refugiado, sino como representante de los católicos rojos. También dice el «The New York Times» que Bergamín es director de la revista católica *Cruz y Raya*, que ha ido a los Estados Unidos como presidente de una delegación extraoficial de los católicos y que era huésped de don Fernando de los Ríos.

No creemos puedan decirse más falsedades en igual número de palabras que las urdidas con infinita inverecundia por el Sr. Bergamín. No sabemos si este señor en los años anteriores al glorioso Movimiento nacional era católico práctico, algunos datos que poseemos nos permiten dudarle, pero que lo sea ahora es de todo punto inadmisibile, por hallarse a las órdenes y servicio de los rojos españoles que han incendiado, robado y profanado por millares templos y casas religiosas, han asesinado once obispos, muchos miles de sacerdotes, religiosas y monjas, no habiéndolo hecho con todos o la mayoría de ellos por faltarles ocasión, a causa de encontrarse en la zona nacional que es tres o cuatro veces mayor que la roja, o haberse ocultado o huido disfrazados del infierno rojo, y se ha atrevido a proferir los brutales insultos al Romano Pontífice y a los Obispos de que nos habla el apóstata ex-franciscano Juan Orts y González: «Vosotros (Papa y Obispos)—dice—, habéis traicionado los ideales católicos. Muchos de vosotros sois sacrilegos y blasfemos..., habéis cometido el crimen imperdonable de ser traidores a vuestra religión y a vuestra patria»... Véase que clase de catolicismo es el del Sr. Bergamín. No le tenemos por un talento, pero tampoco le creemos un cretino que no vea la incompatibilidad entre el catolicismo y sus andanzas y servicios a los rojos, y esas frases de canallesca desvergüenza contra los sucesores de los Apóstoles y representantes de Cristo en la tierra, puestos por él para regir su Iglesia. Si *Cruz y Raya* fué o no francamente católica alguna vez, no nos interesa, pero desde que se puso, poco tiempo después de su fundación, al servicio del anticatólico Frente Popular, ni es ni puede ser católica. Lo que dice del santo Obispo de Teruel, antiguo y queridísimo compañero de quien esto escribe, es una mentira y una infamia, así como lo de las veinte monjas de aquella población. ¿No recuerda el señor Bergamín la criminal frase de algunos de sus compinches?: «Es preciso abrir al Obispo Polanco para ver si tiene o no corazón». ¿Que existen ca-

torce mil sacerdotes y religiosos que ejercen libremente su ministerio? ¿Si no asciende a esa suma los que viven en la zona roja y han asesinado más de la mitad y la mayoría de los otros andan errantes y ocultos para que no los asesinen! ¿Ha habido un solo Obispo o sacerdote que se haya pasado de la zona de Franco a la zona roja? No, ni uno solo. En cambio a la inversa se pasan cuantos pueden. Usted, señor Bergamín, no ostenta la representación oficial ni extraoficial de grupo alguno de católicos, porque usted actúa en nombre y al servicio del Frente Popular español que se fundó por acuerdo del Comintern ruso (puedo presentarle las pruebas, si lo desea) para acabar con el catolicismo español sustituyéndolo por el sovietismo ruso... No seguimos señalando falsedades para no cansar los lectores. Sepan que es mentira todo lo por él dicho a los periódicos yanquis. Señor Bergamín, ¿cómo se atreve a hacer afirmaciones que tan fácilmente se desmienten y en tal mal lugar le dejan? ¿Qué dirán de sus andanzas los dieciséis de los veinte fundadores de *Cruz y Raya* que se hallan muy a gusto en la zona de Franco?

—o—

Ahora para terminar y aun a trueque de hacerme pesado y entrar en lo personal de nuestra oficina, diré al señor Bergamín que de los cinco sacerdotes que trabajamos en este centro, tres, el Padre Bayle, S. J., el P. Carrion, O. P. y el señor Artero, canónigo de Salamanca, estuvieron muchos meses en Madrid sin poder decir ni oír misa, ni siquiera los días festivos, viviendo perseguidos y ocultos para evitar el peligro de caer en manos de las checas y que les sacasen a dar un paseo para la eternidad; por lo cual se pusieron en salvo viniendo a la zona nacional tan pronto como les fué posible. Este hecho y el testimonio de esos respetables sacerdotes demuestra bien a las claras la libertad religiosa existente en la zona roja. Si alguno lograba decir misa algún día, era exponiendo la vida y escondiéndose para ello como si se tratase de cometer nefando crimen; y, si podían realizarlo, era merced al oportunísimo privilegio concedido por el Papa a los sacerdotes, que gemían bajo el despotismo rojo, para poder decir misa en cualquier parte y sin ropas ni vasos sagrados. Este privilegio es prueba inapelable de la espantosa tiranía religiosa de la zona roja.

La sombra de los Dioclecianos se pasea por la España roja y las escenas de las catacumbas han vuelto a vivirse.

¡Y todavía se atreve el señor Bergamín a hablar de libertad religiosa en la zona roja! Cuánta farsa.

TEODORO RODRIGUEZ

Agustino

Devoción Mariana de los héroes de la Virgen de la Cabeza

A la pluma viene apremiante la epopeya esplendorosa de Santa María de la Cabeza, cuya imagen, descubierta por un pastor granadino en 1227, se venera en el santuario, radicante en una estribación de Sierra Morena, a 19 kilómetros de Andújar (Jaén). Antes de venir la república visitaban el santuario romeros de toda Andalucía. A los Padres Trinitarios, encargados del santuario, los fusilaron los marxistas en Andújar por julio de 1936. Un detalle, que mueve a admiración. La Virgen de la Cabeza es Patrona de Motril (Málaga), en cuya cárcel los presos derechistas así celebraron la novena: el Padre Vicente Soler, Agustino Recoletos, se paseaba por entre los centinelas rojos; rezaba para sí—cualquier señal de piedad era castigada con el fusilamiento inmediato—el Ave María; y «al bendito es el fruto de tu vientre, Jesús», levantaba la cabeza; los presos, inclinando las suyas, comenzaban el «Santa María»... Al poco de comenzar esta singular Novena, el 6 de agosto, fusilaron cuatro de los presos y al terminarla, el día 15, dieciocho católicos, con el Padre Soler, ofrecieron sus dolores, sangre y vidas por la Virgen y por la Patria.

En el Santuario se refugiaron 1.200 mujeres y niños de Guardias Civiles. 100 falangistas y 250 Guardias Civiles le defendieron contra 12.000 rojos, desde el Agosto del 36 a últimos de abril del 37. No llegaron a 50 los que se rindieron; la mayoría estaban heridos; todos extenuados por el hambre, la sed y el pelear día y noche; los marxistas, pisoteando la palabra empeñada, avalada por la Cruz Roja Internacional, fusilaron a los heridos y a los sanos; sentado en una silla dieron muerte al Capitán Cortés, gravemente herido en el pecho, y que murió gritando ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España! Tocante a la suerte de las mujeres y niños corren noticias válidas de martirios cruentos y total desamparo. Cuatro hombres lograron escapar, después de la rendición, y dijeron que «las mujeres y los niños pedían por Dios caridad; no se la dieron y sobre todos cayeron palos, bofetadas, culatazos, injurias soeces y que a muchas mujeres desnudaron y arrastraron por los pelos». Por todos estos motivos y, mayormente, porque entre el Santuario y España blanca sólo habían comunicado por heliogra-

fo, quedan tan escasas noticias de la vida religiosa que llevaron aquellos valientes españoles.

—o—

Es la Benemérita—título que ha ganado la Guardia Civil por su actuación durante noventa años—modelo vivo y acabado prototipo de austeridad, eficacia, sobriedad, lealtad, abnegación, valor y disciplina. Constante y sin desmayar en la fe y en el servicio de la Patria, como por ley natural da sangre y vida defendiendo el orden público, la vida y hacienda de los ciudadanos. Los extranjeros admiran la Guardia Civil, cuyos jefes crearon milicias a ella semejantes en América Española, y la propia Sociedad de Naciones la reclamó en 1934 como suprema garantía de orden y limpieza en la votación plebiscitaria del Saar.

Por estos someros trazos se entenderá el encono con que los marxistas odian y persiguen a la *Benemérita*, y, juntamente que en el Santuario de Santa María de la Cabeza rematará la gesta calificada por el Generalísimo Franco «de heroísmo asombroso» en un ejército en que el heroísmo es connatural, corriente.

—o—

El 15 de julio de 1936 don Antonio de Reparaz, Capitán de la Guardia Civil, visitó «como católico», dicho y santuario y «fué la Virgen, en una decoración brava de monte y cielo, la que me impresionó... En el mismo santuario compré una medalla, medalla romera—¡ah, los romeros ya no iban a postrarse ante su Virgen!—y la pasé yo mismo por el manto de Ella», como escribe en su libro *Desde el cuartel de Miaja hasta el Santuario de la Virgen de la Cabeza*. A ese libro se refieren las citas posteriores, mientras no se pongan otras fuentes. «Como una inspiración» le asaltó la idea del valor castrense que tenía el Santuario, y llevar allí los guardias y familias que pudieran sacar de manos de los marxistas, cuya enemiga y desconfianza burló con astucia y sangre fría admirables cuando dió la hora de realizar el propósito.

«Aposentada la gente—escribe Reparaz—entré en la sacristía: Cerca estaba el camarín de la Virgen de la Cabeza, Señora tutelar de la tierra andaluza, Madre de los infortunados, a los que franquea el acceso a la eternidad bienaventurada. Madre, a la

que ultrajaban sin conocerla los rojos que andaban por los llanos. Madre que conocía la razón y sinrazón de cuanto estaba aconteciendo... Sobre nosotros estaba el cielo. Abajo, en los llanos, el enemigo. Nos confiábamos a la Providencia. Y el enemigo era el que operaba sobre los hombres enloquecidos, en el ánimo de aquellos que no conocían a Dios y a su Encarnación, quizás porque no habían podido aprender a conocerle... Corté el hilo de mis pensamientos. Si me hubiera encontrado solo, habría bajado al llano con la cruz en una mano y la espada en la otra, a decir la verdad.»

«A las siete de la tarde subí al santuario. Iba a despedirme... Cortés me miró con fijeza. Ya subí al coche; impresionado por un no sé qué de presentimiento. Recuerdo que al fondo, a la izquierda de Cortés, había una lápida, con una inscripción en letras de bronce, del Vía Crucis... Vi un símbolo en todo este paisaje. La Pasión del Señor, que se convertía en pasión nuestra por España.»

Don Santiago Cortés, que tenía la esposa y cinco hijos en poder de los rojos en Jaén, organizó, como jefe de la posición, la vida religiosa, militar y civil. Concretémonos a la religiosa. «Todos los días, mañana y tarde, la población civil y la militar, franca de servicio, se arrodillaba ante la Virgen *chiquita y morena*, para suplicarla por la salvación de España y de ellos». «Los que no podían ayudar a los defensores, rezaban a los pies de la Virgen serrana con lágrimas de fervor». «No morían sin asistencia espiritual. Allí había quien se encargaba de ella. Fué una vida de cristianos en las catacumbas. Se dijo misa ante el altar de la Virgen; se oían confesiones; se hacían ejercicios; se elevaban preces en los sótanos de aquellas catacumbas». Cuando 6.000 obuses y centenares de bombas de aviación, muchas de 250 kilos destruían el edificio, acordaron los devotos enterrar la Imagen venerada, que los marxistas buscaron, afanosos, para destruirla.

El Capitán Cortés pedía constantemente por heliograma—escribe Reparaz—«hostias para consagrar y vino para celebrar la santa misa. Los sacerdotes refugiados, que yo llevé vestidos de guardias civiles, en la expedición, confortaban, por fortuna, a los sitiados con el más solemne rito de la Religión». Cortés decía en un parte: «El sanitario (un estudiante primerizo en Medicina), ha estudiado partos; con la ayuda de la Virgen, nos ha incorporado 22 españoles». En otro comunicado: «Entendían los sitiados (en la avanzadilla del Lugar Nuevo) que su liberación llegaría tarde, confiando toda su esperanza en la Santísima Virgen, al darse cuenta de la inferioridad del personal y material de las fuerzas que resisten.» Obligada a retirarse la susodicha avanzadilla, «la niebla la extravió, y emprendieron esta marcha de locura, a que se han arriesgado, y de la que van a salir con vida gracias a la protección de la Virgen», decía el jefe.

Contestando a Falange Española escribía Cortés: «Tened la seguridad de que sabremos cumplirlo (el juramento de no dejar el santuario en poder de los rojos mientras alentara en él un solo corazón español) ayudados por el Mando, que no nos olvida, y por la Milagrosa Virgen Morena, que nos cobija.» En el mensaje de felicitación por Navidad al

General Franco le confesaba: «Tengo el alto honor de dirigirme a V. E. en nombre de todos, para felicitarle en las próximas Fiestas de Navidad y hacerle presente nuestras constantes súplicas a esta Virgen bendita que nos cobija, para que le ilumine en la gran obra emprendida de regeneración de España, dándole fuerzas para vencer al enemigo de fuera y de dentro, hasta terminar con el último brote del marxismo, ya que la Providencia ha querido elegirle, entre sus mejores hijos, para honra de España y bien de la humanidad.»

El capitán de la Benemérita, caballero-mártir y jefe de la posición en el Santuario de la Virgen de la Cabeza, consignó en su «Diario de guerra»: «No tengo frases con que describir el cuadro que ofrecía este campamento al leer ante la Virgen bendita, que se venera en este Santuario, su patriótica carta (la del General Queipo de Llano). Con lágrimas en los ojos congregué a todos ante la Imagen con la que compartimos nuestras penas y amarguras... Todos, hombres, mujeres, niños y ancianos lloramos de gratitud al sentir la mano protectora de la Madre de la Patria en la que ciframos todas nuestras esperanzas» (25-IX-36).

«Día 15 intenso bombardeo de la aviación roja hasta el 24, que arroja más de 400 bombas, las que, gracias al terreno y a nuestra Virgen, nos producen escasas bajas.»

«A la señora del comandante médico, en nombre de todo el campamento, que envíe más *Detentes*... La Virgen no se ha escondido. La tenemos en la planta del sótano para llevarla con nosotros el día de la liberación» (12-XII-36).

«Que la milagrosa Virgen de la Cabeza, que nos proteje, ilumine a tan importantes diarios (*A B C*, *El Correo de Andalucía* y *F. E.* arrojados en la posición por nuestros aviadores) para proseguir su magnífica tarea emprendida para forjar el gran espíritu nacional, que exige la nueva España, indudablemente de rango imperial y ecuménico, por ser así la voluntad inflexible de sus hijos mejores» (16-XII-36).

A los afiliados zaragozanos en la cofradía de Nuestra Señora de la Cabeza, contesta: «Fué vuestro mensaje... como el resurgir de nuestras energías para continuar resistiendo el empuje de las hordas ateas que nos cercan, solo por defender los ideales sacrosantos de la Patria y Religión, que nos mantienen sobre el más agreste picacho de esta serranía, sin otra protección eficaz que una fe inmensa en nuestra Virgen titular y la esperanza siempre viva de la liberación por el triunfo de la Causa Nacional».

«Os estamos siempre agradecidos, nobles aragoneses, que es tanto como decir doblemente católicos y españoles... Tened la seguridad de que resistiremos hasta que sea llegada nuestra liberación, sin desmayar un momento como lo hicimos ya durante los dos primeros meses en que, por ser desconocida nuestra situación, no pudimos ser socorridos por nuestros hermanos de armas. Lo exigen así los casi diez y nueve siglos de fe cristiana y de milagrosa protección que representa la talla bendita de Nuestra Señora de la Cabeza, que reveren-

ciamos y guardamos como inapreciable tesoro» (13-II-37).

«No se equivocó, mi general (Aranda, que les habló por Radio), al querer adivinarnos desde el aire, ni nosotros al presentirlo desde lo alto de la cumbre, donde, llenos de entusiasmo y al amparo de nuestra Virgen, repetimos el grito de ¡Viva España!, contestando el eco de su voz» (20-II-37).

«Frias razones militares» en esta guerra tan colosal e inaudita y en sus comienzos tan desproporcionada en medios de combate y en combatientes, no permitieron socorrer al puñado de héroes, ganados por el tesón sublime de catolicismo y patriotismo, que ha hecho milagros, y muriendo cada día al pie de la Virgen «morena y chiquita», amor de sus amores, áncora de sus esperanzas y consuelo de sus penas y privaciones. Durante el asedio no se registró ni una mínima falta de respeto a las mujeres: todo era pudor católico en ellos y en ellas. ¡Qué dolor y qué indignación la de Cortés, cuando a espaldas suyas el malsinado comandante Nofuentes maquinó la evacuación de algunas mujeres, que dieron en los brazos de los faunos moscovitas!

Amalia Fernández, ovetense, desde Sevilla, en los meses de febrero, marzo y abril, enviaba por avión ramos de flores para la Virgen y para las heroínas, y por Radio les dedicaba alocuciones en esa literatura del alma y del corazón, que está reservada a las mujeres.

Los niños se dieron cuenta del sublime dramatismo de aquella situación local y patriótica. En silencio veían y oían y padecían bombardeos, asaltos, gritos de dolor, estertores de agonizantes, el hambre, la sed, la falta de vestidos. Nada los impacientaba; todo lo sufrían por Dios, por la Virgen, por España. A los pies de la Santísima Virgen desahogaban sus corazoncitos en flor—como allí en toda la España liberada estilan hacerlo soldados, hombres, mujeres y niños en el Rosario llamado de

Penitencia—y la regalaban con la plegaria que más dulcemente la embelesa: el Santísimo Rosario. Y María del Rosario, clemente y misericordiosa, que sabe lo que son los pesares de los corazones de madres y esposas; lo que es el desconsuelo de las almas acongojadas; que «es símbolo santo del dolor volando al cielo», con inefable delicadeza tomaba en sus manos primorosas aquellos corazones torturados por la incertidumbre de la suerte de los que peleaban, por la ausencia de los queridos muertos, y los ungía con los suavísimos y sedantes óleos de la paciencia y resignación cristianas.

Se acercaba el fin. Desde Porcuña Mons. Franchesi, delegado del Arzobispo de Buenos Aires, bendice la agonía de los mártires. El 30 de abril surca los aires este escalofriante heliograma: «La tarde del 28 fué algo que no puede describirse. Seguimos firmes en nuestros puestos, porque nuestra fe nos da fuerzas para ello. ¡Viva España!». A las 13,30 comunica Cortés: «Insostenible. Rápido auxilio aviación».

«Son las postreras horas—escribe Reparaz—. La 16 brigada Internacional con tanques, cañones, ametralladoras intenta el asalto definitivo. Los cañones sirven como fusiles a los rojos. Tal es la cercanía. Cortés queda herido gravemente en el pecho. ¡Viva España!, grita. Un puñado de hombres, menos de cuarenta, resisten... Pero, a las cinco de la tarde, los bárbaros logran entrar en el Santuario. Y es la tragedia... Dios ampare a los nuestros. Mártires de España, la patria no los olvida, y los que cayeron y los que quizá vivan son guía de nuestras armas victoriosas».

Sobre el Calvario de sus mártires se alza la Madre España; clava en el cielo la mirada dolorida de sus ojos llorosos, y en el martirio, que la acongoja, implora sin cesar a María: «*Recordare, Virgo Mater, dum steteris in conspectu Dei, ut loquaris pro nobis bona, et ut avertas indignationem suam a nobis. Amén.*»

FR. ANTONIO CARRION, O. P.

Marinos de España

Los pesqueros «El Ciriza» y «El Galicia» patrullan por el Cantábrico, surcado por destructores y submarinos rojos. Aparece el submarino B-6; la tripulación de «El Galicia» viendo imposible el triunfo y segura la muerte, hace un acto de contrición, se encomienda a la Virgen del Carmen, dispara sus cañoncitos, que no llegan al submarino. En esto surge el «Velasco» cuyos primeros disparos hieren mortalmente al submarino rojo, que enarbola bandera blanca.

Mientras el «Velasco» lleva la tripulación roja al Ferrol, los pesqueros enfilan Rivadeo, en cuyos muelles se forma la tripulación, se encamina a la Iglesia, rezan un responso por el compañero muerto y cumplen la promesa hecha a la Virgen del Carmen.

Informe oficial de las salvajadas rojas en la diócesis de Badajoz

OBISPADO

DE
BADAJOZ

19 de mayo de 1938.

Vicaría General

Rdo. P. Bayle, S. J.—Burgos.

Muy señor mío y respetable Padre: Contesto a su grata del 8 de los corrientes sobre los datos fidedignos de los destrozos causados por los marxistas, y que solicita para la propaganda escrita que ha de hacerse en el extranjero por esa dignísima Comisión para la colecta mundial en favor de las iglesias de España.

Esta Diócesis de Badajoz consta de 150 parroquias, de las que 12 están aún bajo la dominación roja.

Iglesias que fueron incautadas	116
Ermitas que fueron incautadas	43
Iglesias destrozadas por el fuego.....	6
En 29 Iglesias fueron destrozados los retablos. No puede precisarse el número de imágenes destruidas, obras de arte, objetos del culto, orfebrería, etc., aunque sí lo han sido en gran número.	
Sacerdotes que fueron asesinados	30
Religiosos que fueron asesinados	5
Seminaristas que fueron asesinados	2
Sacerdotes que fueron encarcelados	102

Los sacerdotes asesinados fueron, la mayor parte de ellos, apaleados bárbaramente, obligándoles a prestar servicios tales como barrer calles, limpiar retretes, mofándose de ellos y ultrajándolos con palabrotas soeces.

Entre los asesinados merece especial mención, por lo horrendo de su martirio, el párroco de Ma-

guilla a quien, estando vivo, le cortaron las extremidades de las manos y de los pies y le obligaban a tomar la comida y bebida en el cubo de los excrementos propios; al de Campillo le descoyuntaron las manos, retorciéndoselas brutalmente; el Coadjutor de Campanario quedó reventado de la fenomenal paliza que le propinaron, arrojándolo después al patio de un convento, donde estuvo toda la noche en agonía, y a la mañana siguiente, viendo que aún vivía lo remataron con un tiro; dos sacerdotes de Burguillos fueron enterrados vivos, dejándoles la cabeza fuera, paseando sobre ellas en caballos que las destrozaron.

El párroco de Valle de Santa Ana, sufrió varias palizas de quince minutos de duración cada una, y cruzándole la cara a latigazos que lo dejaban sin sentido, y fué enterrado vivo por dos veces en un nicho donde había un cadáver: lo volvían a sacar con vida, y lo volvían a apalear; y enterrado nuevamente lo volvieron a sacar, pero entre llamas por haber prendido fuego al pasto que rodeaba el nicho: este párroco falleció al año, de resultas de las palizas; al de Segura de León le dispararon tres tiros de escopeta y diez de pistola, quedando gravemente herido, pero, gracias a Dios, ha curado de las heridas y continúa actualmente desempeñando su sagrado ministerio parroquial.

Estos son los datos que oficialmente puede suministrarle su affmo. s. s. y Cap. q. b. s. m.,

ENRIQUE DELGADO

Libro interesantísimo para los amantes de España

Lo es el que acaba de imprimirse con el título

El Mundo Católico y la Carta Colectiva del Episcopado Español

en el cual se recoge el magnífico y jamás visto testimonio de la Jerarquía Eclesiástica Universal sobre la nobleza de nuestra Causa y sublimidad de nuestros mártires. Es la obra básica para cuantos quieran estudiar y sentir el espíritu de la Cruzada española.

Los pedidos pueden hacerse a este Centro de Información Católica — Precio: 7 Pesetas.

Testimonio Fúnebre

Muestra de los anuncios que, con frecuencia, traen los periódicos españoles.

† ROGAD A DIOS POR LAS ALMAS DE

- | | |
|--|----------------------------------|
| D. Sebastián Avellanas Esteban. | D. Tomás Ballester Pérez. |
| D. Vicente Zaldívar Aloras. | D. Rafael Aznar Gómez. |
| D. Eduardo Nuez Alloza. | D. Ignacio Blasco Monterde. |
| D. Cristóbal Daudén Alloza. | D. José Arnuelos Alloza. |
| D. Lázaro Josa Esteban. | D. Carlos Pascual Pérez. |
| D. Jesús Josa Esteban. | D. Fabio Pascual Magallón. |
| D. Toribio Villarroya Gual. | D. Miguel Pascual Artola. |
| D. Martín Aguilar Aguilar. | Mosen Jesús Azuara Magallón. |
| D. Manuel Aguilar Omedes. | D. Augusto Azuara Magallón. |
| D. Arsenio Villanova Zurita. | D. José Azuara Magallón. |
| D. Pedro Pérez Carreras. | D. José Calvo Gamón. |
| D. Luis Aguilar Alegre. | D. Antonio Argente Nuez. |
| D. Mateo Pérez Rueda. | D. Vicente Sauras Gracia. |
| D. Pedro Fructuoso Clemente
Alloza. | D. Recaredo Ariño Azcón. |
| D. José Decors Longán. | D. Juan Calvo Mallén. |
| D. Domingo Francisco Morera
Alquézar. | D. Rafael Calvo Romero. |
| D. Pascual Rifaterra Morera. | D. Luis Calvo Romero. |
| D. José Félez Gargallo. | D. Juan Calvo Romero. |
| D. Prudencio Espallargas Bono. | D. Eustaquio García Zurita. |
| D. Ramón Navarro Félez. | D. Domingo Formento Buñuel. |
| D. Orencio Félez García. | D. Manuel Gracia Celma. |
| D. Manuel Guallar Carreras. | D. Manuel Boira Oché. |
| D. Mariano Trullén Margelí. | D. Isaac Ciércoles Alquézar. |
| D. José María Ariño Azcón. | D. José Ciércoles Avellán. |
| D. Francisco Ariño Pérez. | D. Hipólito Nuez Belenguer. |
| D. Saturnino Trullén Margelí. | D. Constantino Roselló Clemente. |
| Mosen Francisco Plou Romance. | D. José Zaragoza Trullén. |
| D. José Félez Félez. | D. Jesús Zaragoza Villuendas. |
| D. Doni Félez Ariño. | D. Mariano Rojo Villanova. |
| D. Joaquín Belenguer Buñuel. | D. Valentín Alloza Villanova. |
| D. Jerónimo Aguilar Lamata. | D. Donato Alloza Nuez. |
| D. Benito Irazo Espallargas. | D. Luciano Alquézar Terraza. |
| D. Mariano Daudén Alloza. | D. Anselmo Oliele Sen. |
| D. Miguel Espada Ballester. | D. Ramón Muniesa Guallar. |
| D. Felipe Félez Asensio. | D. Joaquín Calvo Gamón. |
| D. Lamberto Espallargas Belen-
guer. | D. Fortunato Velasco (P. Paúl). |
| D. Mariano Pérez Martín. | D. Leoncio Pérez (P. Paúl). |
| | D. Luis Aguirre (H. Paúl). |
| | D. José Félez Lamiel. |
| | D. Diego Nuez Anadón. |

Todos vecinos de Alcorisa, vilmente asesinados por las hordas marxistas.

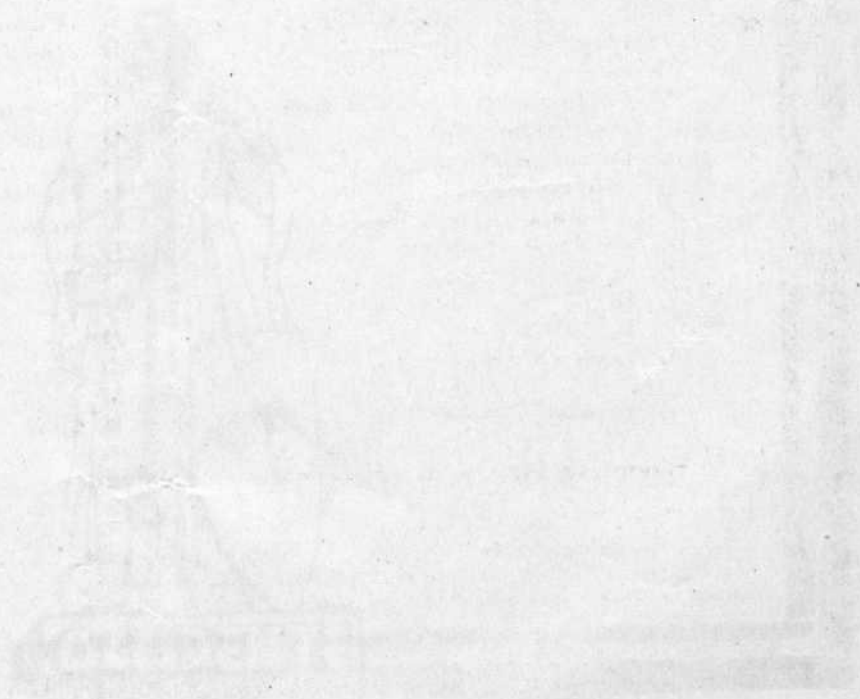
R. I. P.

El Ilustre Ayuntamiento de la villa de Alcorisa y sus familiares, ruegan al vecindario y amistades asistan a los solemnes funerales que, por el eterno descanso de los finados, se celebrarán el sábado próximo, día 25 de los corrientes, en la iglesia de San Sebastián de Alcorisa.

Alcorisa y junio de 1938.

HISPANIAE

EMPLAR No. 1



BOHIO A LOS PAES LAS ALMAS DE